

CAPÍTULO TERCERO

Coloquio que con la de la espada. Preguntóle su nombre, y dijo que se llamaba la Molinera y que era hija de un honrado molinero de Antequera; a la cual también rogó don Quijote que se pusiese don y se llamase «doña Molinera», ofreciéndole nuevos servicios y mercedes.

Hechas, pues, de galope y aprisa las hasta aquí nunca vistas ceremonias, no vio la hora don Quijote de verse a caballo y salir buscando las aventuras, y, ensillado luego a Rocinante, subió en él y, abrazando a su huésped, le dijo cosas tan extrañas, agradeciéndole la merced de haberte armado caballero, que no es posible acertar a referirlas. El ventero, por verle, fuera de la venta, con no menos retóricas, aunque con más breves palabras, respondió a las sayas y, sin pedirle la costa de la posada, le dejó ir a la buen hora.



2

P. Siegel

CAPÍTULO IV

De lo que le sucedió a nuestro caballero
cuando salió de la venta

La del alba sería cuando don Quijote salió de la venta tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo. Mas viéndole a la memoria los consejos de su huésped acerca de las pretenciones tan necesarias que habían de llevar consigo, especial la de los dineros y lamises, determinó volver a su casa y acomodarse de todo, y de un escudero, haciendo cuenta de recibir a un labrador vecino suyo que era pobre y con hijos, pero muy apropiado para el oficio escuderesco de la caballería. Con este pensamiento guió a Rocinante hacia su aldea, el cual, casi conociendo la querencia, con tanta gana comenzó a caminar, que parecía que no ponía los pies en el suelo.

No había andado mucho cuando le pareció que a su diestra mano, de la espesura de un bosque que allí estaba, salían unas voces delicadas, como de persona que se quejaba; y apenas las hubo oído, cuando dijo:

CAPÍTULO CUARTO

- Gracias doy al cielo por la merced que me hace, pues tan presto me pone ocasiones delante donde yo pueda cumplir con lo que debo a mi profesión y donde pueda coger el futuro de mis buenos deseos. Estas voces, sin duda, son de algún menesteroso o menesterosa que ha menester mi favor y ayuda.

Y, volviendo las riendas, encaminó a Rocinante hacia donde le pareció que las voces salían, y, a pocos pasos que entró por el bosque, vio atada una yegua a una encina, y atado en otra a un muchacho, desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quince años, que era el que las voces daba, y no sin causa, porque le estaba dando con una pretina muchos azotes un labrador de buen taller, y cada azote le acompañaba con una reprehensión y consejo. Porque decía:

- La lengua queda y los ojos listos.

Y el muchacho respondía:

- No lo haré otra vez, señor mío; por la pasión de Dios, que no lo haré otra vez, y yo prometo de tener de aquí adelante más cuidado con el hato.

Y viendo don Quijote lo que pasaba, con voz airada dijo:

CAPÍTULO CUARTO

-Descortés caballero, mal parece tomaros con quien defender no se puede; subid sobre vuestro caballo y tomad vuestra lanza que también tenía una lanza arrojada a la encina a donde estaba arrojada la yegua-, que yo os haré conocer ser de cobardes lo que estáis haciendo.

El labrador, que vio sobre sí aquella figura llena de armas blandiendo la lanza sobre su rostro, tuvo por muerto, y con buenas palabras respondió:

-Señor caballero, este muchacho que estoy castigando es un mi criado, que me sirve de guardar una manada de ovejas que tengo en estos contornos, el cual es tan descuidado, que cada día me falta una; y porque castigo su descuido, o bellquería, dice que lo hago de miserable, por no pagalle la soldada que le debo, y en Dios y en mi ánima que miente.

-¿«Miente» delante de mi, ruin villano? -dijo don Quijote.- Por el sol que nos alumbrá, que estoy por pasáros de parte a parte con esta lanza. Pagadle luego sin más replica; si no, por el Dios que nos rige, que os concluya y aniquile en este punto. Desatadlo luego.

El labrador bajó la cabeza y, sin responder

CAPÍTULO CUARTO

palabra, desató a su criado, al cual preguntó don Quijote que cuánto le debía su amo. Él dijo que nueve meses, a siete reales cada mes. Hizo la cuenta don Quijote y halló que montaban setenta y tres reales, y díjole al labrador que al momento los desembalsase, si no quería morir por ello. Respondió el medroso villano que para el paso en que estaba y juramento que había hecho — y aún no había jurado nada —, que no eran tontas, por que se les habían de descontar y recibir en cuenta tres pares de zapatos que le había dado, que, si él y un real de dos sangrías que le habían hecho estando enfermo.

— Bien está todo eso — replicó don Quijote, pero quédense los zapatos y las sangrías por los azotes que sin culpa le habéis dado, que, si él rompió el cuero de los zapatos que vos pagasteis, vos le habéis roto el de su cuerpo, y si le sacó el barbero sangre estando enfermo, vos en sanidad se la habéis sacado; así que por esta parte no os debe nada.

— El daño está, señor caballero, en que no

CAPÍTULO CUARTO

tengo aquí dineros: véngase Andrés conmigo a mi casa, que yo se los pagaré un real sobre otro.

- ¿Irme yo con él? - dijo el muchacho -. Más ¡mal año! No, señor, ni por pienso, porque en viéndose solo me desuelle como a un San Bartolomé.

- No, hará tal - replicó don Quijote -: basta que yo se lo mande para que me tenga respeto; y con que él me lo jure por la ley de caballería que ha recibido, le dejaré ir libre y aseguraré la paga.

- Mire vuestra merced, lo que dice - dijo el muchacho -, que este mi amo no es caballero, ni ha recibido orden de caballería alguna, que es Juan Haldudo el rico, el vecino del Quintanar.

- Importa poco eso - respondió don Quijote; que Haldudos puede haber caballeros; cuanto más, que cada uno es hijo de sus obras.

- Así es verdad - dijo Andrés; pero este mi amo ¿de qué obras es hijo? pues me niega mi soldada y mi sudor y trabajo?

CAPÍTULO CUARTO

- No niego, hermano Andrés - respondió el labrador -, y hacedme placer de venir conmigo, que yo juro por todas las ordenes que de caballeros hay en el mundo de pagaros, como tengo dicho, un real sobre otro, y aun sahumeradas.

- Del sahumerio os hago gracia - dijo Don Quijote -: dá'dsebs en real, que con eso me contento; y mirad que lo cumpláis como lo habeis jurado: si no, por el mismo juramento os juro de volver a buscaros y a castigaros, y que os tengo de hallar, aunque os escondáis más que una lagartija. Y si queréis saber quién os manda esto, para quedar con más veras obligado a cumplirlo, sabed que yo soy el valeroso don Quijote de la Mancha, el desfacedor de agravios y agravioses, y a Dios quedad, y no se os parta de las mientes lo prometido y jurado, so pena de la pena pronunciada.

Y, en diciendo esto, picó a su Rocinante y en breve espacio se apartó de ellos. Siguióle el labrador con los ojos, y, cuando vio que había traspuesto del bosque y que ya no parecía, volvióse a su oriado Andrés y díjole:

- Venid acá hijo mío, que os quiero pagar lo

CAPÍTULO CUARTO

que os debo, como aquel desfaedor de agravios me dejó mandado.

-Venid acá, hijo mío

- Eso juro yo -dijo Andrés-, y ¡cómo que andará vuestra merced acertado en cumplir el mandamiento de aquel buen caballero, que mil años viva, que, según es de valeroso y de buen juez, vive Roque que si no me paga, que vuelva y ejecute lo que dijo!

- También lo juro yo -dijo el labrador-, pero, por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda, por acrecentar la paga.

Y, aséndole del brazo, le tornó a atar a la encina, donde le dio tantos azotes, que le dejó por muerto.

- Llamad, señor Andrés, ahora -decía el labrador- al desfaedor de agravios: vereis como no desfaze aquéste; aunque vivo que no está acabado de hacer, porque me viene gana de desollaros vivo, como vos teníades.

Pero al fin le desató y le dio licencia que fuese a buscar su juez, para que ejecutase la pronunciada sentencia. Andrés se partió algo mohíno, jurando de ir a buscar al valeroso Don Quijote de la Mancha y contalle punto por punto lo que había pasado, y que se lo había de pagar con las setenas. Pero, con todo esto, él se partió llorando y su amo se quedó riendo.

Y de esta manera deshizo el agravio el valeroso don Quijote; el cual, contentísimo de lo sucedido, pareciéndole que había dado felicísimo y alto principio a sus caballerías, con gran satisfacción de sí mismo iba caminando hacia su aldea, diciendo a

CAPÍTULO CUARTO

media voz:

- Bien te puedes llamar dichosa sobre cuantas hay
viven en la tierra, ¡oh sobre las bellas bella Dulcinea
del Taboro!, pues te cupo en suerte tener sujeto,
rendido a toda tu voluntad e talante a un tan
valiente y tan nombrado caballero como lo es, y era
don Quijote de la Mancha; el cual, como todo
el mundo sabe, ayer recibió la orden de caballería
y hoy ha derfecto el mayor tuerto y agrasio que
formó la rrazón y cometió la crueldad: hoy
quité el látigo de la mano a aquel despiadado
enemigo que tan sin acasión vapulaba a aquel
delicado infante.

En esto, llegó a un camino que en cuatro se
dividía, y luego se le vino a la imaginación
los encrucijados donde los caballeros andantes
se parían a pensar cuál camino de aquéllas
tamarián; y, pa imitarlos, estuvo un rato quedo,
y al cabo de haberlo muy bien pensado saltó
la rienda a Rocinante, dejando a la voluntad
del rocín la ruya, el cual siguió su primer
intento, que fue el irse camino de su caballería.
Y, habiendo andado como dos millas, descubrió
don Quijote un grande tropel de gente, que,

CAPÍTULO CUARTO

como después se supo, erán unos mercaderes toledanos que iban a comprar seda a Murcia. Eran seis, y venían con sus quitados, con otros criados a caballo y tres moras de mulas a pie. Apenas los diviso don Quijote, cuando se imaginó ser cosa de nueva aventura; y, por imitar en todo cuanto a él le parecía posible los pasos que había leído en sus libros, le pareció venir allí de molde uno que pensaba hacer. Y, así, con gentil continente y denuedo, se afirmó bien en los estribos, apretó la lanza, llegó la adarga al pecho y, puesto en la mitad del camino, estuvo esperando que aquellos caballeros andantes llegaran, que ya él por tales los tenía y juzgaba; y, cuando llegaron a trecho que se pudiera ver y oír, levantó don Quijote la voz y con ademán arrogante dijo: - Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo toda doncella más hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Tabor. Paróense los mercaderes al oír de esta rason, y a ver la extrana figura del que los decía; y por la figura y las rasones luego echaron de ver la locura de su dueño, mas quisieron ver despacio en qui paraba aquella confesión que se les pedía, y uno de ellos, que era un poco burlesco y muy mucho discreto, le dijo: - Señor caballero, nosotros no sabemos quien sea esa buena señora que decís; mostrádnosla, que, si ella fuere de tanta hermosura como significáis, de buena y sin apremio alguna confesaremos la verdad que por parte vuestra nos es pedida.

CAPÍTULO CUARTO

- Si os la mostrara - replicó don Quijote -, ¿qué leiciérades vosotros en confesar una verdad tan notoria? La importancia está en que sin verla lo habéis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender; donde no, conmigo sois en batalla, gente descomunal y soberbia. Que ahora vengaís uno a uno, como pide la orden de caballería, ora todos juntos, como es costumbre y mala usanza de los de vuestra ralea, aquí os aguardo y espero, confiado en la razón que de mi parte tengo.

- Señor caballero - replicó el morcader -, suplico a vuestra merced en nombre de todos estos príncipes que aquí estamos que, porque no encargue mos vuestras conciencias confesando una cosa por nosotros jamás vista ni oída, y más siendo tan en perjuicio de las emperatrices y reinas del Alcarria y Extremadura, que vuestra merced sea servido de mostrarnos algún retrato de esa señora, aunque sea tamaño como un grano de trigo; que por el hilo se sacará el ovillo y quedaremos con esto satisfechos y seguros, y vuestra merced quedará contento y pagado; y aún creo que estamos ya tan de su parte, que, aunque su retrato nos muestre que es tuerta de un ojo y que del otro le mana bermellón y piedra azufre, con todo eso, por complacer a vuestra merced, diremos en su favor todo lo que quisiere.

- No le mana, canalla infame - respondió don Quijote encendido en cólera -, no le mana, digo, eso que decís, sino ámbar y algalia entre algodones; y no es tuerta ni corcovada, sino más derecha que un liso de Guadarrama. Pero vosotros pagaréis la grande blasfemia que habéis dicho contra tan buena beldad como es la de mi señora.

CAPÍTULO CUARTO

Y, en diciendo esto, arremetió con la lanza baja contra el que lo habia dicho, con tanta fuerza y ayojo, que si la buena suerte no hubiera que en la mitad del camino tropezara y cayera Rocinante, lo pusiera mal el atrevido mercader. Cayó Rocinante, y fue rodando ser como una buena piedra por el campo; y, queriéndose levantar, jamás pudo: tal embaraço le causaban la lanza, adarga, espuelas y ulada, con el peso de las antiguas armas. Y, entre tanto que pugnaba por levantarse y no podía, estaba diciendo:

— Non fugáis, gente cobarde: gente cautiva, atended que no por culpa mía, sino de mi caballo, estoy aquí tendido.

Un mozo de uueelas de los que allí venian, que no debia de ser muy breuiteruado, oyendo decir al pobre caído tantas anogancias, no lo pudo sufrir sin darle la respuesta en las costillas. Y, llegándose a él, tomó la lanza y, después de haberla hecho pedazos, con uno de ellos comenzó a dar a nuestro don Quijote tantos palos, que, a despecho y pesar de seis anueas, le molió como aibera. Dábale voces sus anueos que no les diese tanto y que le dejase; pero estaba ya el mozo picado

(14)

CAPÍTULO CUARTO

y no quiso dejar el juego hasta envidiar todo el resto de su cólera; y, acudiendo por los demás trozos de la lanza, los acabó de deshacer sobre el miserable caído, que, con toda aquella tempestad de patos que sobre él llovía, no cerraba la boca, amenazando al cielo y a la tierra, y a los malandrines, que tal le parecían.

Cansóse el mozo, y los mercaderes siguieron su camino, llorando que contar en todo el del pobre apalado. El cual, después que se vió solo, tornó a probar si podía levantarse; pero si no lo pudo hacer cuando sano y bueno, ¿cómo lo haría mojado y casi deshecho? Y aun se tenía por dichoso, pareciéndole que aquella era propia desgracia de caballeros andantes, y toda la atribuía a la jolta de su caballo; y no era posible levantarse, según tenía trumado todo el cuerpo.

CAPÍTULO V.

Desde se promigue la narración de la desgracia de nuestro
caballero.

Viendo, pues, que, en efecto, no podía mercarse, acuerdo de usarse a su
ordinario remedio, que era buscar en algún paso de sus libros, y trájole su locu-
ra a la memoria aquel de Valdivinos y del Marqués de Mantua, cuando Carloto
le dejó herido en la montaña, historia sabida de los niños, no ignorada de los mo-
zos, celebrada y aun creída de los viejos, y, con todo esto, no más verdadera que
los milagros de Mahoma. Esta, pues, le pareció a él que le venía de molde para
el paso en que se hallaba, y así, con muestras de grande sentimiento, se co-
menzó a volcar por la tierra y a decir con debilitado aliento lo mismo que si-
era decía el herido caballero del bosque:

PRIMERA PARTE. CAPÍTULO V

— ¿Dónde estás, señora mía,
que no te duele mi mal?
O no lo sabes, señora,
o eres falsa y descal.

Y de esta manera se prosiguieron el romance, hasta aquellas versos
que dicen:

— ¡ Oh noble marqués de Mantua,
mi tío y señor carnal!

(16)

CAPÍTULO QUINTO

Y quiso la suerte que, cuando llegó a este verso, acortó a pasar por allí un labrador de su mismo lugar y recieno su-
go, que veía de llevar una carga de trigo al molino; el cual
viendo aquel hombre así teadido, se llegó a él y le preguntó
de quién era y qué mal sentía que tan tristemente se quejaba.
Don Quijote creyó que sin duda aquel era el mozo de Mantua,
su hijo, y así, no le respondió otra cosa sino, que proseguir su vi-
venencia, de donde le daban cuenta su desgracia y de los amores
del hijo del Emperante, con su esposa, todo de la misma ma-
nera que el romance lo cuenta.

El labrador estaba admirado oyendo aquellos disparates; y qui-
tándole los visos, que con estaba hecho pedazos, a los golpes,
le limpió el rostro, que le tenía cubierto de polvo; y apenas
le hubo limpiado, cuando le conoció y le dijo:

- Sr. Quijana - que así se de le a llamar cuando le ter-
ria juicio y no había pasado de hidalgo susegado a ca-
lla llero andante -, ¿Quién te pregunta nuestra merced de esta
suerte? Pero él seguía con su romance cuando le pregunta-
ron. Viendo esto, el buen hombre, lo mejor que pudo le
quitó el peto y espaldas, para ver si tenía alguna herida,
pero no vio ni sangre ni señal alguna. Pucurrió levantarse
del suelo, y no con poco trabajo le subió de su jumento, por
parecerle caballería más susegada. Recogió las armas,
hasta las astillas de la lanza, y volvió sobre Puente de,